



## CAPÍTULO XXIV.

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.

**D**ICE el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el márgen dél estaban escritas de mano del mesmo Hamete estas mesmas razones:

“No me puedo dar á entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razon es, que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo, que Don Quijote mintiese, siendo el mas verdadero hidalgo y el mas noble caballero de sus tiempos, no es posible: que no dijera él una mentira si le asaetearan. Por otra parte considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates, y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa, y así sin afirmarla por falsa ó verdadera la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto, que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della, y dijo que él la habia inventado por parecerle que convenia y cuadraba bien con las aventuras que habia leído en sus historias.” Y luego prosigue diciendo:

Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenia de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacia aquella condicion blanda que entonces mostraba, porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho que merecian mo-

lerle á palos, porque realmente le pareció que habia andado atrevi-dillo con su señor, á quien le dijo:—Yo, señor Don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he grangeado cuatro cosas. La primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio Español* que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo menos ya se usaban en tiempo del emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte, cuando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: Paciencia y barajar. Y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba en Francia y en tiempo del referido emperador Carlo Magno. Y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las antigüedades*, y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y mas alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor Durandarte. La cuarta es, haber sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes.—Vuesa merced tiene razon, dijo Don Quijote; pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, á quién piensa dirigirlos.—Señores y grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo.—No muchos, respondió Don Quijote, y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse á la satisfacion que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demas con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertara la invidia en mas de cuatro generosos pechos<sup>1</sup>; pero quédese esto aquí para otro tiempo mas cómodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche.—No lejos de aquí, respondió el primo, está una ermita donde hace su habitacion un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo ademas. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su

<sup>1</sup> El príncipe á quien alude aquí Cervantes, es sin duda Don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lémos, á quien dedicó esta Segunda Parte de Don Quijote.

costa; pero con todo, aunque chica es capaz de recibir huéspedes. —¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho. —Pocos ermitaños están sin ellas, respondió Don Quijote, porque no son los que agora se usan, como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palma y comían raíces de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos, no lo digo de aquestos, sino que quiero decir, que al rigor y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de agora; pero no por esto dejan de ser todos buenos, á lo menos yo por buenos los juzgo, y cuando todo corra turbio, menos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador. Estando en esto vieron que hacía donde ellos estaban venía un hombre á pié, caminando apriesa y dando varazos á un macho que venía cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos los saludó y pasó de largo. Don Quijote le dijo:—Buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia que ese macho ha menester.—No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aquí llevo han de servir mañana, y así me es forzoso el no detenerme, y á Dios. Pero si quisiéredes saber para que las llevo, en la venta que está mas arriba de la ermita pienso alojar esta noche, y si es que haceis este mismo camino, allí me hallareis, donde os contaré maravillas<sup>1</sup>, y á Dios otra vez, y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles, y como él era algo curioso y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedaran. Hízose así, subieron á caballo y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, á la cual llegaron un poco antes de anochecer. Dijo el primo á Don Quijote, que llegasen á la ermita á beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el rucio á ella, y lo mesmo hicieron Don Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron. Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenía; pero que si querían agua barata, que se le daría de muy buena gana.—Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino donde la hubiera satisfecho. ¡Ha bodas de Camacho y abundancia de la casa de Don

<sup>1</sup> Contar maravillas, y hacer ver maravillas: espresiones enfáticas, usadas para poner los ánimos en la espectacion de oír algun suceso estupendo.

Diego, y cuántas veces os tengo de echar menos! Con esto dejaron la ermita y picaron hácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante de ellos iba caminando, no con mucha prisa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro y en ella puesto un bulto, ó envoltorio, al parecer de sus vestidos, que al parecer debían de ser los calzones, ó gregüescos y herreruelo y alguna camisa, porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera: las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados á uso de Corte: la edad llegaría á diez y ocho ó diez y nueve años, alegre de rostro y al parecer ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decía:

A la guerra me lleva  
Mi necesidad,  
Si tuviera dineros,  
No fuera en verdad.

El primero que le habló fué Don Quijote, diciéndole:—Muy á la ligera camina vuesa merced, señor galán, ¿y adónde bueno? sepamos, si es que gusta decirlo. A lo que el mozo respondió:—El caminar tan á la ligera lo causa el calor y la pobreza, y el adonde voy es á la guerra.—¿Cómo la pobreza? preguntó Don Quijote, que por el calor bien puede ser.—Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla, si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con que comprar otros: y así por esto como por orearme voy desta manera, hasta alcanzar unas compañías de infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagages en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena, y mas quiero tener por amo y por señor al rey y servirle en la guerra, que no á un peñon en la Corte.—¿Y lleva vuesa merced alguna ventaja<sup>1</sup> por ventura? preguntó el primo.—Si yo hubiera servido á algun grande de España, ó algun principal personage, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevara, que eso tiene el servir á los buenos, que del tinelo suelen salir á ser alférez ó capitanes, ó con algun buen en-

<sup>1</sup> El sueldo ó pension que ademas del prest se daba al soldado de algunas circunstancias y distincion en la milicia de aquel tiempo, en que no habia cadetes; y se llamaban *soldados aventajados*.

tretenimiento<sup>1</sup>; pero yo, desventurado, serví siempre á catariberas<sup>2</sup>, y á gente advenediza de racion y quitacion<sup>3</sup> tan mísera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad della, y seria tenido á milagro que un page aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura.—Y dígame por su vida, amigo, preguntó Don Quijote, ¿es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea?—Dos me han dado, respondió el page: pero así como el que se sale de alguna religion antes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvian á mí los míos mis amos, que acabados los negocios á que venian á la corte, se volvian á sus casas y recogian las libreas que por sola ostentacion habian dado.—Notable espilorchería<sup>4</sup>, como dice el Italiano, dijo Don Quijote; pero con todo eso tenga á felice ventura el haber salido de la corte con tan buena intención como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra mas honrada ni de mas provecho, que servir á Dios primeramente y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no mas riquezas, á lo menos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces, que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos, y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso emperador romano, cual era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista: y aunque respondió como gentil y ageno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano, que puesto caso que os maten en la primera faccion y refriega, ó ya de un tiro de artillería, ó volado de una mina, ¿qué importa? Todo es morir y acabóse la obra, y segun Teren-

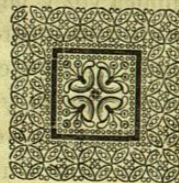
1 Pénson.

2 Dábase este nombre metafórico á los pretendientes de varas de alcaldes mayores y de corregimientos. Esta voz *catariberas* se compone del verbo antiguo *catar*, que significa mirar, reconocer, y del sustantivo *riberas*; y significa propiamente el ojeador, reconecedor ó explorador de las aves, que suelen hacer asiento en las riberas, lagunas y otros lugares pantanosos, como son las ánades, patos, chochas.

3 *Racion*: la porción ó pitanza que se daba al criado cada día; *quitacion*: el salario que se le pagaba.

4 Miseria, mezquindad.

cio, mas bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la huida, y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandarle pueden: y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado, ó cojo, á lo menos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza: cuanto mas que ya se va dando orden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros, cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse, sino con la muerte: y por ahora no os quiero decir mas, sino que subáis á las ancas deste mi caballo hasta la venta, y allí cenaréis conmigo, y por la mañana seguiréis el camino, que os le dé Dios tan bueno, como vuestros deseos merecen. El page no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y á esta sazón dicen que dijo Sancho entre sí:—Válate Dios por señor, ¿y es posible, que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesinos? Ahora bien, ello dirá; y en esto llegaron á la venta á tiempo que anohecia, y no sin gusto de Sañcho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta y no por castillo, como solia. No hubieron bien entrado, cuando Don Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió, que en la caballeriza estaba, acomodando el macho: lo mismo hicieron de sus jumentos el sobrino<sup>1</sup> y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.



1 Esta es equivocacion manifiesta; primo debe decir, y no sobrino.